

Gavin Francis, *Mutatio corporis. Medicina y transformación*, Madrid, Ed. Siruela, 2019, 296 págs.

El libro que reseñamos es la edición española de *Shapeshifters*, publicado en 2018 por el escritor y médico escocés Gavin Francis. Di con el texto al leer una nota de *El País* de Madrid, en la que el autor decía sin pelos en la lengua: «La ciencia nos enseña qué es posible pero no qué es lo correcto.» Y de eso se trata, de mostrar (a través de la ciencia, la literatura y la historia) de qué manera la medicina se ha convertido en transformadora del cuerpo humano y también en su invasor, su profanador, al igual que en las versiones del film de 1956, *Body Snatchers*, de Don Siegel. El título original lo expresa muy bien: los metamorfoseados; pero el castellano lo formula correctamente en latín: la mutación de los cuerpos.

Quienes sigan la secuela terrorífica de las teorías trans y poshumanistas notarán que la cuestión planteada de Francis es de gran actualidad: las posibilidades científicas de un supuesto mejoramiento del cuerpo que nos lleve al umbral de la inmortalidad y la imposibilidad; la utopía de una mutación humana más allá de los géneros que producirá un sujeto entre animal, humano y máquina, solidario con todo lo viviente o existente; etc.

Sin embargo, el autor ha optado por estudiar la metamorfosis del cuerpo en un contexto más amplio y generoso, sin encerrarlo en las hodiernas versiones. De hecho, en algún momento, recurre a Heráclito para presentar esta ancestral tendencia del hombre a preferir lo mudable, las identidades cambiantes, el devenir permanente. Personaje que se asocia al del poeta Ovidio, quien escribiera la *Metamorfosis*, un canto a las formas mutantes. Y siempre, de alguna manera, a Darwin y su doctrina de la evolución por natural selección.

Pero más allá de la filosofía, el libro quiere dar un enfoque desde la medicina. Y en este campo aparece el nombre de Thomas Browne, humanista del XVII, miembro del inglés Colegio de Médicos, de lecturas y escritos esotéricos, como su *Religio medici* (1642-1643, que conoce versión castellana), y al que Francis recurre en varias ocasiones. El oscuro Borges lo ha mentado entre sus estudios.

Hecha la presentación del libro, apuntada la perspectiva o punto de vista del autor, y afirmada su importancia, pasemos a su ordenación. El primer capítulo, «Transformación» nos introduce en materia a través de casos de su experiencia profesional, como lo hará en todos los capítulos. Seguidamente, «Hombre lobo» estudia al hombre influido por la luna, el lunático, asociado a la brujería, el

exorcismo y otras posesiones/mutaciones como el hombre lobo de Ovidio. En «Concepción» pasamos de la muerte a la vida, la fertilidad y temas médicos asociados. A continuación, «Dormir» permite una lectura del sueño, de la vigilia y del Morfeo de Ovidio.

El capítulo quinto se titula «*Bodybuilding*. Desbocados de furia» y nos introduce en el mundo de los narcóticos y alucinógenos, para estudiar luego el fisicoculturismo. «El cuero cabelludo» es una experiencia sobre aquello que se puede tener sobre la cabeza, como los cuernos, y nos lleva al mundo de las mutaciones más hondamente, de la mano de las locuras del citado Browne. Sigue «Nacimiento», estudio sobre el corazón, la circulación y en particular el soplo cardíaco en los bebés. La alquimia del «Rejuvenecimiento» es la cuestión del octavo capítulo, el culto de la belleza, la juventud eterna, sin importar el sexo, el reino de la cosmética pero también de la medicina.

En el noveno, Francis estudia «Tatuaje» y las lesiones autoinfligidas. En el décimo, «Anorexia»; en el siguiente, se las ve con el demonio y las puertas de la percepción de lo extrasensorial bajo las «Alucinaciones». El capítulo doce trata de «Pubertad» como aceleramiento súbito de la juventud, un problema físico y psíquico. En el trece el tema es «Embarazo» y los trastornos femeninos en el cuerpo. Luego, «Gigantismo», presenta los casos de anormal desarrollo, que lo lleva a la tesis del superhombre de Nietzsche. Más adelante, aparece «Género», tan candente, pero que Francis estudia preferentemente en el hermafroditismo, el mosaico de células femeninas y masculinas que da lugar a ambos sexos.

El capítulo decimosexto considera el «Jet lag» y las transformaciones que se operan en el cuerpo. Más adelante, «Huesería», el método algebraico de cura de los hueseros. El dieciocho se adentra en la «Menopausia». El siguiente, estudia la «Castración» y el cuerpo modificado de los eunucos. El veinte trata de la «Risa» como aliado de la salud. Prosigue con «Prótesis», un tema caro a los trans y poshumanistas, la mitología de la Humanidad 2.0. En el veintidós nos presenta la «Memoria», el coloso huidizo que se convierte en olvido. Inmediatamente presenta «Muerte», un examen forense de los cadáveres. Y el último capítulo, «Transformaciones», vuela al inicio para sentenciar, contra sueños, mitos y utopías, el eterno devenir: «Nadie es inmortal, nada es eterno, todo está en un perpetuo estado de cambio..., incluso las estrellas».

El libro es interesantísimo. Está escrito de manera llana, sin pretensiones literarias ni científicas. Son principalmente expe-

riencias y observaciones personales de Francis que lo llevan a indagar en la literatura, la historia y otros saberes que puedan auxiliarlo. Así y todo, tiene a mi juicio un inmenso valor, pues si le quitamos pretensiones filosóficas, que no tiene (a pesar del comienzo y del final, del colofón en el que cita a Heráclito); así y todo, digo, tiene dos virtudes que no puedo dejar de señalar. La primera es la relativa dependencia de la existencia corporal del mundo que nos rodea, de las actividades que emprendemos, del empeño que se pone en el vivir diario. Porque no todo es atávico, genético, y nuestro cuerpo es receptor del mundo entorno, es paciente y pasible, dicen los filósofos.

La segunda es la falibilidad de la medicina y la ciencia, al mismo tiempo que su auxilio, en la cura de las dolencias y enfermedades. Todo lo cual nos dice de nuestra débil naturaleza que, como afirman metafísicos y teólogos, necesita del arte que imita la naturaleza para dotar a la falible forma humana de recursos para subsistir y perseverar en la peregrinación. Claro, esto no lo dice Gavin Francis. Lo digo yo, porque su texto permite esa meditación, alejando la pesadilla post y transhumanista. Porque la medicina sabe cómo hacerlo, lo que la filosofía debe enseñarle es el por qué, indicarle el fin bueno al que ha de servir.

Juan Fernando SEGOVIA

Dieter Thomä, *Puer robustus. Una filosofía del perturbador*, Barcelona, Herder, 2018, 664 págs.

Publicado originalmente en 2016, este libro de Dieter Thomä, filósofo, profesor en la Universidad de St. Gallen, trata cómo la filosofía, especialmente la política, encara a los perturbadores del orden, de la paz. El *puer robustus* es, literalmente, el joven fuerte, el muchacho vigoroso, y análogamente puede decirse también del hijo transgresor, del muchachote inadaptado, del indócil y el rebelde, del revolucionario, del excluido. La figura ha tenido en la historia numerosas versiones y las que estudia el autor parten del siglo XVII y llegan a nuestros días.

Sin embargo, más allá de las analogías, Thomä opta por entender al *puer robustus* en un sentido estrictamente político: es el «hombre malvado» que Thomas Hobbes describe en el prólogo de *De cive*, que es «aquel chico que ha crecido fuerte y robusto», al igual que ese «hombre con inclinaciones pueriles». El que escapa